

TRIUNFÓ LA VIDA

Queridos diocesanos:

Una de las grandes luchas del ser humano –quizás la única verdaderamente importante- es la que sostiene contra la muerte. Como cualquier otro ser vivo, luchamos cada día por mantener la vida, porque deseamos irremediablemente seguir viviendo. Pero, a diferencia de los animales o las plantas, nuestro deseo trasciende la vida presente, porque sobre todo y por encima de todo deseamos vivir para siempre, vivir eternamente. Por eso la muerte contradice todo lo que el ser humano, desde su origen, ansía y desea y frustra cualquier esperanza. Quizás –podríamos pensar- es que somos unos seres absurdos, que deseamos algo que jamás alcanzaremos; puede ser que nuestra inteligencia y sobre todo nuestra voluntad apunten a una dirección equivocada, a una meta que jamás alcanzarán. Pero puede ser también que todos esos deseos, que ese clamor por la vida en que consiste el ser humano, no esté equivocado, que sea posible vencer a nuestro principal enemigo, que es la muerte.

Así lo han pensado millones de hombres y mujeres de todos los tiempos, que han creído y creen en un Dios que les espera más allá de esta vida. En todas las religiones existe esta esperanza de vida, de pervivir tras la muerte quizás habitando un paraíso (que a veces se parece demasiado a los nuestros) o quizás disolviéndose en el Absoluto. En buena parte, las religiones son respuesta al clamor del ser humano, a su esperanza de vivir para siempre.

Pero en este aspecto la fe en Jesucristo es del todo singular, porque proclama que alguien de nuestra carne y sangre, alguien que fue verdaderamente hombre como nosotros, venció a la muerte. Ocurrió en la mañana del domingo de Pascua, allá por el año 30 de nuestra era. Fue entonces cuando sucedió algo sorprendente e inesperado. Un judío que había sido ejecutado por los funcionarios de Roma a causa de sus actitudes y convicciones religiosas, volvió a la vida. Nadie lo podía imaginar y mucho menos aquellos seguidores suyos que, en los momentos de dificultad, le dieron la espalda y le abandonaron. Ellos fueron los primeros sorprendidos cuando un grupo de mujeres llegaron contando que el Maestro de Nazaret estaba vivo. Lo primero que pensaron es que estaban histéricas y confundían la realidad con sus deseos, porque estaban seguros de haberle bajado de aquella cruz infame y de haberle enterrado en la tumba nueva que José de Arimatea les ofreció generosamente. Pero pronto comprobaron que no había nadie en aquella tumba y, también ellos experimentaron poco después su presencia. Era una presencia singular y misteriosa, porque estaban seguros de que era el mismo Jesús de Nazaret que habían conocido y amado, pero no se presentaba ante ellos con la misma figura y rasgos. Los sucesivos encuentros con Él les dieron la certeza de que estaba vivo, hasta el punto de que cada uno de ellos se convirtió en testigo de su resurrección, no temiendo ofrecer su propia vida por sostenerlo.

Pronto se dieron cuenta también de que aquello suponía un cambio radical en la historia de los hombres, porque por primera vez alguien que era plenamente hombre (a quien habían visto predicar, rezar, enfadarse y llorar) volvía a la vida para vivir para siempre. ¿Se había terminado la maldición de la muerte? ¿sería posible que también ellos la vencieran? Así lo pensaron. Pablo de Tarso, exultante, escribe: “¿dónde está, muerte, tu victoria?” (cf. 1 Cor 15, 55). Y añade una convicción firme: también nosotros resucitaremos con Él. No. No eran absurdos los deseos y esperanzas del ser humano. Es posible vivir para siempre. La vida ha triunfado porque Jesús de Nazaret ha resucitado de entre los muertos. Celebremos este acontecimiento. Que tengamos una feliz Pascua.